

**JOSE RAMON
GARNELO GONZALVEZ,**
médico, pintor y literario, casi desco-
nocido para los Enguerinos de hoy.

José Ramón Garnelo Gonzálvez. Fotografía
hecha en 1885, en Sevilla, cuando editaba su
obra "El hombre ante su estético"



De él se ha dicho:

José Garnelo González

Es uno de los hijos más ilustres nacido en esta población. Médico, dedicóse aquí al ejercicio de su profesión logrando justa fama: trasladóse á Montilla población andaluza donde continuó dedicado á la medicina.

Tanto como en medicina, se ha distinguido como notable pintor, presentando varios cuadros en la exposición de Madrid, logrando y obteniendo primeros premios. Titúlansé los lienzos más notables: *La muerte de Lucano*, *La sopa en la portaria de un convento*, *El patio de una posada*, con el movimiento que en estos edificios existe.

Este gran genio, es también literato excelente, habiendo compuesto varias obras en prosa y verso.

Tiene un hijo llamado,

José Garnelo Alda



José Ramón Garnelo González, por su hijo José Garnelo Alda. (Colección de la familia)

El Enguerino, 4 de enero 1.908

Y él escribió mismo, a propósito de su sobrino y en referencia a su propio hijo José Santiago, cuál sería la gloria que previó el abuelo, sí, el creador de la veleta del campanar: *la dinastía de los Ganelos*



Cruz y veleta -un angel que señala la dirección del viento- que remata el campanario de San Miguel Arcángel de Enguera. Construyó esta obra de arte Manuel Garnelo, padre de José Ramón y Manuel Garnelo González, y abuelo de los Garnelo Alda, Garnelo Aparicio y Garnelo Fillol (Foto M. Vidal)

Léan y disfruten.

A MI SOBRINO ISIDORO

Versos dedicados a su hermano cuando su sobrino Isidoro obtenía, como alumno, los primeros premios en la Escuela de Valencia y su hijo José los obtenía también en el Instituto de Cabra; versos en los que alude, junto a ellos, a los padres fallecidos

Dulce y grande es la emoción
que pecho y alma sintieron,
al saber la distinción
que genio y aplicación
en ti juntos se merecieron.

Que aún triunfando como sueles
no dejo, no, de admirarte,
émulo de Praxiteles,
que entras pisando laureles
en los escollos del arte.

¿Y qué extraño que así sea
si llevas, querido, en pos
el fuego, el numen, la idea
que enciende y anima y crea
como destello de Dios?

En estudiar no te pares,
que ese anhelo que te inflama,
digna de eternos altares,
tiene al fin sus patrios lares
aún más allá de la fama.

Y es baldón que se desista
y debo y quiero empujarte,
que enoja mucho y contrista
sentirse en el alma artista
y estar muerto para el arte.

Sigue tu afán de continuo
y cuenta que no estás solo
que por gracia del destino
va siguiendo igual camino
otro entusiasta de Apolo.

Otro genio vivo, ardiente,
de tu sangre y condición,
otro genio que en sí se siente
la misma llama creciente
y hasta la misma ambición.

Y llegó ufano a entrever,
si en todo en pro se concilia,
que lleguéis a enaltecer,
por honor y por deber,
el nombre de una familia.

Seguid, pues; que no sucumba
tanta fe sin que consiga
ese aplauso, que, si zumba,
hará que se abra una tumba
y hable una voz que os bendiga.

Voz que vendrá del profundo
a refrescar su memoria;
voz de espíritu fecundo
que nos legó para el mundo
su mismo sueño de gloria.



Retrato de sus hijas Elena y Eloisa, por José Ramón Garnelo. Elisa, de frente, obtuvo segunda medalla en la Exposición Nacional de 1896, en Barcelona



La muerte de Lucano (fragmento) de José Ramón Garnelo González, presentado en la Exposición Nacional de Madrid, en 1866. Se conservaba por la familia Ros, de Fuente la Higuera

Como pueden observar, de nuestro autor conservamos, también, destellos de su faceta pictórica

A ENGUERA

*El tierno espíritu de José Ramón Garnelo, depurado en el éxodo, abre los torrentes de su inspiración para recordar con amarga nostalgia sus días infantiles, sus ansias adolescentes y los pesares de la plena virilidad en su humilde villa natal. Y desde la fecunda tierra montillana, con sus hijos enguerinos en el regazo paterno y el pensamiento fijo en el terruño nativo, vierte el poeta una lamentación dolorida, añorando y rechazando a un tiempo la sombra del campanario que tañó fúnebres sonos sobre la tumba de sus mayores. De este choque de sentimiento brotó una composición poética dedicada a Enguera, bella pieza olvidada que el autor de esta Historia aprendió de niño y que hoy produce en este lugar biográfico para refrescarla en la memoria de los buenos enguerinos. Hay que advertir que su autor escribió esta poesía sin destino a la publicidad, como expresión íntima de su sentimiento. J.M^º Albiñana Sanz. **Historia de la villa de Enguera y sus Hijos Ilustres.***

En mis horas de retiro,
de dulce expansión y calma,
cuando nada entorno miro
que haga brotar un suspiro
del hondo seno del alma,
a ti, mi cuna querida
dirijo mi pensamiento,
para solaz de mi vida,
como esencia desprendida
del árbol del sentimiento.

Ni fortuna, ni distancia
logran herir tu memoria,
¡que no ceden en constancia
los recuerdos de la infancia
ante los sueños de gloria!

Más, ¿cómo, aunque el alma apenas
no han de ser en mi conciencia
estos afanes perenes,

cuando en tu memoria tienes
pedazos de mi existencia?

Desde aquí, donde apartado
cabe el sueño del olvido,
fe y amor te he consagrado:
¡que nunca fue desalmado
el corazón bien nacido!

Yo quisiera, con más gozo
recordarte, Patria mía,
hallar en ti mi alborozo
y quererte, sin embozo,
lo mismo que te quería.

Fuiste ingrata por mi nombre
al dar premio a mí cariño.
no te extrañe, no te asombre,
que hoy aborrezca de nombre
lo que adore cuando niño.

¿Por qué mi sosiego heriste?
¿por qué en mi zozobra inmensa,
al verme agitado y triste,
para mi afán no tuviste
ni halago, ni recompensa?
¡Triste Patria, humilde suelo,
que, ni entre azares prolijos
puedes dar, como consuelo,
ni luces para tu cielo,
ni ambiente para tus hijos!

Grande, muy grande quisiera
poder dibujar tu gloria,
más ¡ay! que tu pobre esfera,
no se merece siquiera
ni una página de historia.

Así es rara consecuencia
que en tu suelo se reúna
la desgracia, a la opulencia,
y que, en tu misma indigencia
tome savia tu fortuna.

Por eso, aunque de profundo
pesar, el alma se llene:
¡Tus hijos, pueblo infecundo,
van errantes por el mundo
como el que Patria no tiene!

Tus brisas, tu sol errante
que allá en Carroche desmaya;
tu campo, asaz inconstante,
tu bella torre gigante
y el pico de la Atalaya...

Todos son recuerdos vivo,
voces mudas que no cesan,
memorias que aquí recibo,
con tan dudoso incentivo
que amargan, si me embelesan.

¡Ay, que se destaca a veces,
con más dominante imperio,
recordándome reveses
entre callados cipreses
la sombra del cementerio!

¡Allí mis prendas mejores,
las que engendraron mi aliento,
las que fueron mis amores,
como polvo entre vapores
habrá arrebatado el viento!

Y de ellas, ¡Ay! Cuando vaya
a buscar en claro día
la huella qué fácil haya
y el gozo que el pecho se explaya
soñando lo que tenía,
no hallaré más que desierto,
donde dejar de mis penas,
al triste llanto que vierto,
rodando entre polvo incierto
que fue sangre de sus venas.

Triste Patria, mi saludo,
No es sonrisa halagadora
ni canto de amante rudo:
es lamento osado y mudo
del que te infama y te llora.

Mas odio hacia ti, no siento,
pues tienes en ti guardadas
tan vivas como presiento,
con los ecos de tu acento
las luces de sus miradas.

Y en mis horas de retiro,
de dulce expansión y calma;
cuando nada en torno miro
que haga brotar un suspiro
del hondo seno del alma,
siempre hacia tí dirigida
irá esta fé que no pierdo,
que para el alma sentida
son la mitad de la vida
la aspiración, y el recuerdo”.